

ALCAZAR Y SU SANTA MARIA

También nuestra Villa encontró su nave provisora para surcar el mar de la vida y precisamente con el nombre de la carabela capitana de la expedición colombina, *por entonces efervescente, aunque su resonancia y sus consecuencias, únicas, no se extinguirán jamás.*

Santa María y su buen Cura Pinilla, que no en balde tiene figura abacial además de serlo, guardan y nos ofrecen los recuerdos de nuestra vida anterior para meditar en ellos.

En las postrimerías del reinado de Felipe II, que señala la cumbre de la prosperidad política española, manifiesta también en el brillo alcanzado por nuestro arte y nuestras letras en tan dorada época, es cuando Santa María empieza a consignar en sus libros detalles de su feligresía.

A tan bella edad, apenas pasada cuando se publicó la obra pero en el sentir remota, aludía sin duda Don Quijote en el discurso que, sentado en el dornajo con el estómago satisfecho y un puñado de bellotas en la mano tomado de la zalea, les echó a los cabreros dejándolos embobados: «Dichosa edad y siglos dichosos aquellos a quien los antiguos pusieron nombre de dorados, y no porque en ellos el oro, que en esta nuestra edad de hierro tanto se estima, se alcanzara en aquella venturosa sin fatiga alguna, sino porque entonces los que en ellos vivían ignoraban estas dos palabras de **tuyo y mío**», yunque en el que golpean los intereses contrapuestos desde la más remota antigüedad y que mantiene candente la discusión sobre la patria verdadera de Cervantes.

No pretendemos echar leña al fuego ni exhibir documentos probatorios ya conocidos, pero tampoco podemos pasar en silencio por el archivo parroquial donde al acta de Don Miguel es el primer tropiezo. Apartando lo tuyo y lo mío, la ficción y la verdad, nos queda la realidad innegable, la de que Don Quijote es nuestro, es de la Mancha y que todos los materiales humanos acumulados en la mente de su autor para crear el personaje son manchegos genuínos.

En el primer libro de Santa María es en el que figuran las inscripciones de la familia Cervantes, empezando por Don Miguel que llegó a poco de comenzarse el protocolo. Desde entonces y seguro que mucho antes de instaurarse los archivos, no se ha interrumpido la vigencia de tan glorioso apellido en los lares alcazareños y en algunas épocas, Cervantes y Saavedras, han sido de los más numerosos y alcorniados. No está al alcance de mi competencia y posibilidades dilucidar definitivamente la legitimidad de la cuna del autor del Quijote, pero dejando a un lado los documentos, es evidente que los factores emotivos y humanos con que se construyó la figura y que a todos nos hacen vibrar al percibir los latidos de nuestra tierra, están encarnados en él y reflejados en su obra como bien conocidos y amados. Pudo, y de sentirlo lo hubiera hecho, situar las escenas quijotescas en la Alcarria, pero no lo hizo porque aún siendo todo el solar hispano tierra de quijotes, es en la Mancha donde el espíritu hidalgo campa por sus respetos y se sueña y se ayuna de